

**PUBLICACIONES DEL INSTITUTO  
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

*Biblioteca de Estudios Madrileños*  
Publicados 36 volúmenes

*Itinerarios de Madrid*  
Publicados 20 volúmenes

*Colección Temas Madrileños*  
Publicados 21 volúmenes

*Colección Puerta del Sol*  
Publicados 3 volúmenes

*Clásicos Madrileños*  
Publicados 9 volúmenes

*Colección Plaza de la Villa*  
Publicados 2 volúmenes

*Colección Puerta de Alcalá*  
Publicados 3 volúmenes

*Madrid en sus Diarios*  
Publicados 5 volúmenes

*Conferencias Aula de Cultura*  
Publicadas más de 600 conferencias

*Anales del Instituto de Estudios  
Madrileños*  
Publicados 45 volúmenes

*Madrid de los Austrias*  
Publicados 7 volúmenes

*Guías Literarias*  
Publicados 3 volúmenes



ISSN 0584-6374



---

ANALES  
DEL  
INSTITUTO  
DE  
ESTUDIOS  
MADRILEÑOS

---

**TOMO  
XLV**

---

C. S. I. C.  
**2005**  
MADRID

---

# ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XLV



C. S. I. C.  
**2005**  
MADRID

---

*El tomo XLV de los*

**ANALES DEL INSTITUTO  
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

*comprende estudios —referidos a Madrid— en los que alternan temas de Historia, Arte, Literatura, Geografía, etc., notas biográficas sobre madrileños ilustres y acontecimientos varios de la vida madrileña.*

---

Foto de portada:

*Relieve en el pedestal de la estatua de Cervantes en la Plaza de las Cortes en el que se representa a don Quijote y Sancho, original de José Piquer.*

*Anales del Instituto de Estudios Madrileños* publica anualmente un volumen de más de quinientas páginas dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Arquitectura, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Sociedad, Economía y Biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes. *Anales* se publica ininterrumpidamente desde 1966.

Los autores o editores de trabajos o libros relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la secretaría del Instituto, calle Duque de Medinaceli, 6, 28014 Madrid; reservándose la dirección de *Anales* la admisión de los mismos. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, requiriéndose, en caso necesario, el concurso de especialistas externos.

**DIRECCIÓN DE ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS:**

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: José Portela Sandoval (UCM).

PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Alberto Sánchez Álvarez-Insúa (Instituto de Filosofía, CSIC).

SECRETARIO DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES: Rufo Gamazo Rico (Cronista de Madrid).

**CONSEJO DE REDACCIÓN:**

Alfredo Alvar Ezquerro (CSIC), Luis Miguel Aparisi Laporta (Instituto de Estudios Madrileños), Eloy Benito Ruano (Real Academia de la Historia), José del Corral Raya (Cronista de Madrid), Ricardo Donoso Cortés y Mesonero Romanos (UPM), María Teresa Fernández Talaya (Fundación Madrid Nuevo Siglo), José Fradejas Lebrero (UNED), José Montero Padilla (UCM), Manuel Montero Vallejo (Catedrático de Enseñanza Media, Madrid), Alfonso Mora Palazón (Ayuntamiento de Madrid), M.<sup>a</sup> del Carmen Simón Palmer (CSIC).

**CONSEJO ASESOR:**

Enrique de Aguinaga (UCM; Cronista de Madrid), Carmen Añón Feliú (UPM), Rosa Basante Pol (UCM), Francisco de Diego Calonge (CSIC), Manuel Espadas Burgos (CSIC), María Pilar González Yanci (UNED), Miguel Ángel Ladero Quesada (UCM), Jesús Antonio Martínez Martín (UCM), Áurea Moreno Bartolomé (UCM), Leonardo Romero Tovar (Universidad de Zaragoza), José Simón Díaz (UCM), Virginia Tovar Martín (UCM), Fernando Terán Troyano (UPM), Manuel Valenzuela Rubio (UAM).

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

## SUMARIO

Págs.

### Memoria

<i>Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños</i> .....	13
--	----

### Artículos

<i>Propiedad, alquiler y especulación en Madrid a mediados del siglo xv: Alfonso Álvarez de Toledo</i> , por MANUEL MONTERO VALLEJO ..	17
<i>Realistas y comuneros en Madrid en los años 1520 y 1521. Introducción al estudio de su perfil sociopolítico</i> , por MÁXIMO DIAGO HERNANDO .....	35
<i>Los plateros madrileños en los años centrales del Siglo de Oro</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA .....	95
<i>Criados y cofres de alhajas de los hijos de Carlos IV (1771-1794)</i> , por PILAR NIEVA SOTO .....	105
<i>Los retablos de la parroquia de Santiago de Madrid. Pedro de la Torre, Sebastián de Benavente y Alonso Cano</i> , por JUAN MARÍA CRUZ YÁBAR .....	155
<i>Sobre el retablo mayor de la ermita de Nuestra Señora de la Poveda de Villa del Prado (Madrid) y sus autores toledanos, José y Alonso de Ortega (1655)</i> , por ANTONIO JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ .....	179
<i>La antigua Basílica de Atocha. Reconocimiento de su imagen física a través de elementos subsistentes: Los restos escultóricos de la fachada y un cuadro de las Descalzas Reales</i> , por M. <sup>a</sup> DEL CARMEN RODRÍGUEZ PEÑAS .....	209
<i>El puente histórico de Ambite sobre el río Tajuña</i> , por PILAR CORELLA SUÁREZ .....	231
<i>Iconografía madrileña inconclusa</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.	247

	Págs.
<i>Estatuaria y ornamentación exterior de la catedral de la Almudena,</i> por ALFONSO MORA PALAZÓN .....	327
<i>Los Pozos de la Nieve de la calle Fuencarral, la parcelación y división de los terrenos y su influencia en el ensanche de Madrid,</i> por M. <sup>a</sup> TERESA FERNÁNDEZ TALAYA .....	357
<i>Transformaciones de las estaciones ferroviarias de Madrid,</i> por M. <sup>a</sup> PILAR GONZÁLEZ YANCI .....	387
<i>El botamen de la Real Botica de la Reina Madre Nuestra Señora de Madrid,</i> por ROSA BASANTE POL y M. <sup>a</sup> ELENA CID GARCÍA.....	421
<i>Materiales para una toponimia de la provincia de Madrid (V),</i> por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO .....	439
<i>El testamento de Felipe de Guevara,</i> por ELENA VÁZQUEZ DUEÑAS .....	469
<i>La biblioteca de don Julián Antonio Rodríguez, un arquitecto madrileño de la Ilustración (1802),</i> por JOSÉ LUIS BARRIO MOYA .....	487
<i>De libros y autores,</i> por MERCEDES AGULLÓ Y COBO .....	511
<i>La cuna de Cervantes,</i> por JOSÉ BARROS CAMPOS .....	559
<i>Algunas fábulas inéditas y otras no coleccionadas de don Juan Eugenio de Hartzenbusch,</i> por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO .....	589
<i>Una novela madrileña: «La ronda de pan y huevo o El Rosario de la aurora», del escritor coruñés Antonio de San Martín,</i> por JULIA MARÍA LABRADOR BEN .....	617
<i>Galdós: últimos años en Madrid (y memoria de una visita al escritor),</i> por JOSÉ MONTERO PADILLA .....	647
<i>Medio siglo en Madrid, Sinesio Delgado, «Memorias de un escritor público de tercera fila»,</i> por JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ FREIRE .....	673
<i>Una «campaña de prensa» en el Madrid de 1904,</i> por JUAN ANTONIO MARRERO CABRERA .....	701
<i>El escritor madrileño Francisco Vighi (1890-1962) y su lugar en la vanguardia española,</i> por PEDRO CARRERO ERAS .....	731
<i>Mihura, ilustrador gráfico,</i> por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA .....	743
<i>La Cruz soñada: concepción y construcción del Valle de los Caídos,</i> por CARLOS SAGUAR QUER .....	757
<i>Anteguerra, guerra y posguerra en la crisis de la capitalidad,</i> por ENRIQUE DE AGUINAGA .....	797
<i>Topónimos madrileños: Madrid,</i> por JOAQUÍN CARIDAD ARIAS .....	817

**Nota**

<i>Miguel Mihura 1961. Una visión desencantada de Madrid</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA .....	833
--	-----

**Necrológicas**

<i>Gregorio de Andrés Martínez</i> , por JULIÁN MARTÍN ABAD .....	841
<i>Jaime Castillo</i> , por M. <sup>a</sup> TERESA FERNÁNDEZ TALAYA .....	845

**Reseñas de libros**

DURÁN, MARÍA-ÁNGELES, <i>et al.</i> , <i>La aportación de las mujeres a la sociedad y a la economía de la Comunidad de Madrid</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA .....	849
PANIAGUA MAZORRA, ÁNGEL, <i>Catálogo de colonias agrícolas históricas de la Comunidad de Madrid. 1850-1980</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA .....	850
MARTÍN BERMÚDEZ, SANTIAGO, <i>Las Gradadas de San Felipe y Empeños de la lealtad. Lances y albures en el Madrid de antaño</i> , por JULIA MARÍA LABRADOR BEN .....	852
<i>De Madrid a los tebeos. Una mirada gráfica a la Historieta madrileña</i> , por JULIA MARÍA LABRADOR BEN .....	853
SÁNCHEZ, MARGARITA, <i>Mi mapa de Madrid</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA .....	855
GUILLÉN, JORGE, <i>Cienfuegos</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO .....	856
<i>Madrid Histórico</i> . Editada por Madrid Histórico Editorial, S.L., por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA .....	857
FERNÁNDEZ TALAYA, MARÍA TERESA, <i>Santuario y Monasterio de Nuestra Señora de Valverde. Historia y Rehabilitación</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA .....	859

## UNA «CAMPAÑA DE PRENSA» EN EL MADRID DE 1904

Por JUAN ANTONIO MARRERO CABRERA

De la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País

«Contra las olas del mar  
luchan brazos varoniles,  
contra las miasmas sutiles  
no hay manera de luchar.»

1904 fue el año del Premio Nóbel de Literatura al célebre dramaturgo madrileño José Echegaray. Treinta mil duros que compartiría *ex aequo* con el poeta francés Federico Mistral. Hombre de poderosa imaginación, como se dijo en «Por esos mundos», Echegaray era un maestro consumado en el difícil arte de «dominar la atención del espectador y arrastrarle hacia el personaje principal de sus obras».

Por cierto que esta genialidad no le privaba de un cierto tono engolado, en versos como los que encabezan la página y que han permanecido en el acervo popular, como una alusión, quiero yo pensar que «cariñosa», hacia la «Benemérita»:

«Contra las olas del mar  
luchan brazos varoniles,  
contra “los guardias civiles”  
no hay manera de luchar.»

Aunque es preciso reconocer que esta picaresca política, obra de vates no demasiado «improvisados», recogiendo en coplas satíricas los entresijos de la Historia, nunca fue muy bien acogida por las autoridades de turno. Y eso que, a menudo, estas sentencias burlescas, y en ocasiones, crueles, siempre gozaron de la predilección del respetable público que supo interpretarlas y difundirlas como creación y propiedad del propio pueblo.

Buena prueba fue la contundente actuación del gobierno de Maura, el 11 de enero de 1904, cerrando el Teatro de la Zarzuela, tras una semana de éxito arrollador en la representación de «El mozo crío». Una serie de «cul-

pes» (o «couplets», en la denominación de la época), contra el P. Nozaleda, a quien se acusaba de colaborar con los «yankis» en la pérdida de Filipinas, se coreaban con entusiasmo entre los actores y los espectadores de la obra. El gobierno había tenido la desafortunada ocurrencia de nombrarle nada menos que arzobispo de Valencia, lo que había impedido, de momento, el Congreso, rotundamente representado por Blasco Ibáñez.

El ministro de la Gobernación, Sánchez Guerra, «cortó por lo sano», ordenando al conde de San Luis, gobernador civil de Madrid a la sazón, clausurar el teatro e imponer al célebre actor «Gonzalito» una multa de 500 pesetas.

Claro que peor se las iba a gastar un joven con «aspecto de sacristán y mirar sombrío», el anarquista Artal, que trató de asesinar a don Antonio Maura, en Barcelona, el 11 de abril, después de los funerales de doña Isabel II.

El enorme y bien afilado cuchillo del agresor, que «por su exterior parecía un seminarista, con su capa negra y su accionar especial» (según la descripción del corresponsal de «El Heraldo de Madrid», don Federico Moreno), resbaló en los bordes del uniforme de gala del Presidente del Gobierno por lo que, providencialmente, no llegó a alcanzar «la pared» del corazón.

Doña Isabel II, la que fuera reina de España entre 1833 y 1868, acababa de fallecer en el exilio de París, el 9 de abril de 1904, a los 74 años. Don Benito Pérez Galdós, en «El Liberal», recordaba su última visita a la «Reina de los tristes destinos», con comentarios tan curiosas como este: «... llevaba en el fondo de su espíritu un germen de compasión impulsiva en cierto modo relacionado con la idea socialista, porque de él procedía su afán de distribuir todos los bienes de que podía disponer, y de acudir donde quiera que una necesidad grande o pequeña la llamaba».

El montaje fotográfico de A. de Riquer, sirve de publicidad a la «Revista Ilustrada de Fotografía», dirigida por José Baltá, con sede en el n.º 136 de la calle Cortes de Barcelona.

Un reclamo de «Fotografía práctica» que nos recuerda la desaparición de uno de los grandes mitos del periodismo mundial, el famoso explorador Stanley que había logrado encontrar al Dr. Livingston allá por donde las fuentes del Nilo (recordemos la célebre frase del tan esperado encuentro: «¿El Dr. Livingston, supongo?»), y al que la Historia reprocha hoy su «tenebrosa» colaboración con el rey Leopoldo de Bélgica en la dominación del Congo (ex belga).

Otra figura universal, esta vez unánimemente aclamada, el compositor Antón Dvorak, el creador de la «Sinfonía del Nuevo Mundo» (1893), moriría en Praga el 1 de mayo.

El inolvidable anuncio, auténtico hito del periodismo publicitario, de los chocolates y dulces de Matías López (Madrid-Escorial) con el

magistral «slogan» de «Antes» y «Después» de tomar el chocolate de López, muestra la preocupación alimentaria tradicional del pueblo español.

Productos alimenticios y panaceas farmacéuticas como las pastillas y cigarrillos balsámicos del Dr. Andréu para aliviar la tos y calmar la sofocación, o los Hipofosfitos Climent que curaban la anemia, tisis, debilidad, escrófula e inapetencia, que eran algunos de los escasos recursos para ayudar a las sufridas amas de casa de la época a prevenir epidemias tan graves como la tuberculosis. La terrible enfermedad que el 15 de julio, apenas terminada de conocer su obra teatral póstuma, «El jardín de los cerezos», haría desaparecer al cuentista y dramaturgo ruso, Antón Chejov, con apenas 44 años.

Los yankis cierran la operación de compra del Canal de Panamá en 40 millones de dólares, en Inglaterra el empresario C. S. Rolls y el ingeniero Henry Royce se unen para conseguir un automóvil silencioso, creando así la compañía «Rolls-Royce» y en España, en el término gallego de Melon, un esforzado paseante del bello paraje del Pexegueiro estuvo a punto de ser linchado, acusado del horrendo delito de hechicería, tal como explica en sus páginas del 7 de septiembre «El Imparcial», por las inocentes gafas de sol que llevaba el deportista.

Unas labriegas con las que se cruzó al llegar al valle, tras hacerse de cruces al verle, corrieron huyendo entre los breñales. Sus gritos soliviantaron a unos 300 vecinos que, armados de hoces y «visarmas», salieron a su encuentro.

«—¿É usted ó home que sac'os untos as mulleres? —le preguntó el que hacía las veces de juez.

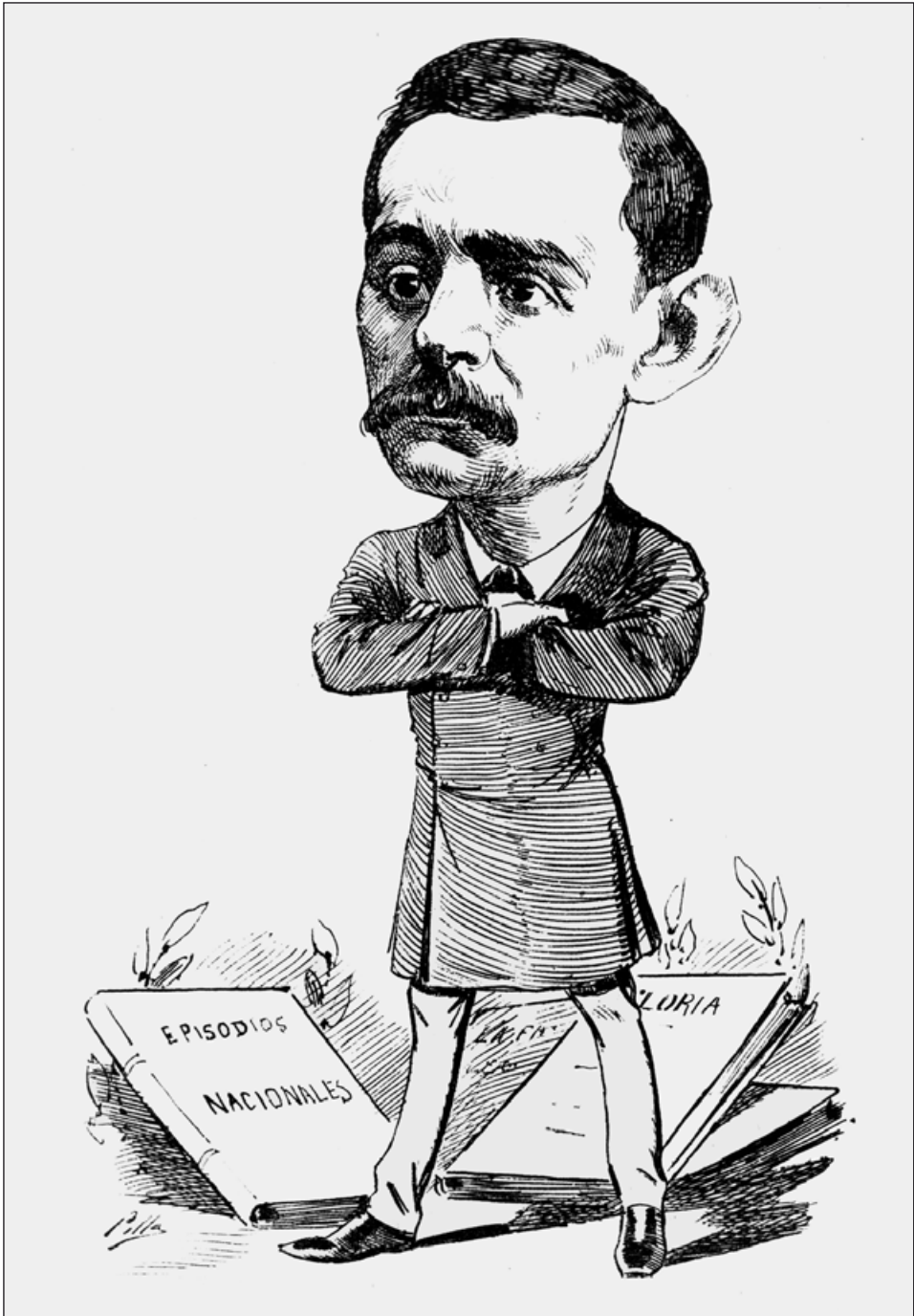
A lo que el «preso» contestó con un movimiento (negativo) de cabeza.  
—¿Qué non? ¡Pois verémoslo!»

Y menos mal que aquellas pobres ignorantes «manifestaron que lo que las había infundido miedo fueron las antiparras verdes, por ser este artefacto el que usan los que “sacan os untos”, pero que no habían sido objeto de agresión alguna por parte del reo». (Con lo que el asombrado caminante logró salir vivo de tan tragicómico aprieto.)

Esta era, a grandes pinceladas, la «España profunda» que, al principio del siglo pasado, encontraría un joven periodista canario, José Betancourt Cabrera, que llegaba a la Península desde otra España más «profunda» todavía, la España Insular, «escondida» en el Atlántico.

Ferviente admirador y discípulo, amigo, paisano y protegido de don Benito Pérez Galdós, su devoción por el genial autor grancanario le ha llevado a utilizar como seudónimo literario el nombre de uno de sus más famosos personajes: «Ángel Guerra».





Don Benito Pérez Galdós. «El Teatro». 1900-1901.

Ángel Guerra llega a Madrid con el nuevo siglo y trae, como él, un bageje de ilusiones. Y la suprema es llegar a tener un nombre como escritor.

Su gran trabajo en Gran Canaria en «El Defensor de la Patria», «La Crónica» y «El Cronista» le ha proporcionado «oficio». Un «oficio» de periodista que, sin embargo, en los primeros tiempos de su llegada a Madrid no le sirve para introducirse en el difícil y saturado mundillo político-periodístico y literario de la «capital de las Españas».

Una lucha que se traduce en sus artículos enviados al «Diario de Las Palmas»: «Muchas de las tertulias literarias no son más que pagodas índicas de conjuraciones y chismorreos, y mesas de disección en que anatómicamente se analizan las obras y las personalidades con habilidades de cirujano y con brutalidades de enterrador».

Es el choque de lo que él explica como: «su alma virgen de provinciano franco y honradote, todavía con la ruda corteza de mi nativa tierra, con la dura realidad capitalina».

Pero muy pronto su fecundísima pluma, su ilusión inagotable, su ingenio y sencillez de hombre de bien y las orientaciones de su maestro Galdós, le abren las páginas de los periódicos madrileños en los que empieza a destacar con luz propia.

Primero será «El Heraldo de Madrid» y luego «El Liberal», hasta formar parte de la redacción de «La Época». En 1903 figura en el equipo que echa a andar la revista «España» y Ortega Munilla, por recomendación de Galdós, le incluye entre los colaboradores de «El Imparcial».

«Sus obras le han dado honores  
y fama de novelista.  
Mezcla sueños, dicha, amores,  
pájaros, brisas y flores...  
y cátrate la revista.»

En el otoño de 1904, se produce una vacante en la Real Academia Española y las fuerzas vivas, como sigue ocurriendo con demasiada frecuencia, trataron de hacer ocupar «el sillón» al poeta político de turno. Un joven inquieto y brillante como Ángel Guerra, comprendió que era el momento preciso para combatir el tradicional inmovilismo y la falta de operatividad que arrastraba tan insigne Institución.

Y desde la «Tribuna» de «El Globo» dirigió un llamamiento a la opinión pública para presentar la candidatura de don Armando Palacio Valdés a ocupar su merecidísimo lugar entre los «inmortales».

Y los hombres del 98, los novecentistas y los de la promoción del Cuento Semanal (entre 1903 y 1925) contestaron como un sólo hombre.

Eran otros tiempos cuando nuestros autores, como muy bien recuerda el historiador grancanario Antonio Cabrera Perera, «se animaban por un

espíritu común, arriesgado, que solía expresarse cuando era necesario con palabras fuertes si bien, en cualquier caso, sentidas y juiciosas».

A la convocatoria de Ángel Guerra en «El Globo», el martes 25 de octubre de 1904, a favor de la candidatura de Armando Palacio Valdés, respondieron, entre otras muchas, plumas tan ilustres como las de Pío Baroja, Vicente Blasco Ibáñez, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Manuel Linares Rivas, Mariano de Cavia, Antonio de Hoyos y Vinent, Luis Taboada, Vital Aza, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, escritoras como Misteriosa, Carmen de Burgos Seguí y jóvenes como Pedro González Blanco, el propio don Benito Pérez Galdós, José María de Pereda, Juan Valera y, naturalmente, don Armando Palacio Valdés.

Lástima que en aquella ocasión, como tantas otras, la administración permaneciera insensible al sentir corporativo, profesional y popular, eligiendo para la vacante a uno de sus escritores áulicos, García Alix.

Sin embargo, la campaña sirvió para hacernos conocer el verdadero sentir de aquellos hombres y conocer la auténtica esencia de unos personajes que, vistos desde nuestra perspectiva histórica, podrían parecer un tanto deshumanizados ya, al haberse convertido en figuras casi míticas de la Historia de la Literatura.

Pero dejemos que sea el propio Ángel Guerra, desde la primera página de «El Globo» del martes 25 de octubre de 1904, quien lance la proclama de la más justa candidatura a un puesto de la Real Academia, bajo el título: «Un candidato, Armando Palacio Valdés.»

«Hay un sillón vacante en la Academia Española. Respondiendo a devociones de admiración muy hondas, con toda clase de respetos y con humilde voz, yo me adelanto a dar nombre para una candidatura, que tengo la evidencia que apoyará toda la gente de letras: Palacio Valdés.

Novelista singular, cuya pluma ha sabido reflejar en admirables páginas literarias, con delicado arte de creación, lo más pintoresco e íntimo de la vida de nuestro pueblo, añadiendo a sus méritos de colorista en el paisaje, un grato “sprit” de costumbrista magistral, Palacio Valdés representa, en las letras españolas, una de las figuras más sobresalientes de la novela contemporánea...

... Ha tiempo que está pendiente esa deuda de honrar al ilustre escritor. No tengo certidumbre de ello, pero quiero recordar que, hace años, el insigne Cavia, maestro celebrado, habló de la necesidad de un agasajo público que testimoniase la admiración silenciosa que se consagra a Palacio Valdés en España. No falla mi memoria, porque la lectura ha sido más reciente, al decir que Galdós, en un prólogo, aún con la tinta húmeda, que pusiera a un libro del malogrado “Clarín”, declaraba la urgencia de pagar la deuda pendiente con el autor de “La Hermana San Sulpicio”, y, sinceramente, como mandato de un deber literario, manifestaba su opinión de que no era posible retardar por más tiempo el ingreso de Palacio Valdés en la Academia Española, en homenaje a los talentos singulares del escritor consa-



José Betancourt Cabrera (Ángel Guerra):  
Hombre de amistad sincera y maestro sencillo,  
llano y amable.

grado, con laboriosidad de beneditino, en soledad y sin buscar aplausos, a engrandecer y magnificar la novela española contemporánea, que, con su plenitud de arte, enaltece y honra.

Si a la Academia Española, por costumbre ya establecida, van los escritores ilustres que merecen señalados honores; si los sillones académicos deben ocuparlos los artistas literarios, que trabajan y pulen el habla castellana haciéndola viva y ágil, flexible y gráfica, llevando a ella la sangre nueva de las expresiones populares que recogen en el ambiente de la calle, para que no se fosilice, ni se corrompa en manos de secos lingüistas, como

carne muerta en pudridero; si en el seno de la Academia Española deben recibir consagración de inmortales los que a ella tienen derecho, y para conseguirla basta solamente a la petición presentar una brillante historia artística, abolengo de gloria, blasón de altos hechos, “grandeza de España” en la república de las letras que han ennoblecido, allende los siglos, peregrinos ingenios y andantes caballeros del ideal, vengamos todos a un común acuerdo, y abramos paso, descubriendo las cabezas en señal de respeto, para que, con el aplauso de todos los cultivadores del arte, haga su ingreso solemnemente en la Academia Española don Armando Palacio Valdés.

Como maestro de la novela española, lo recibirán con abrazo de hermano en letras y en gloria, Valera, Galdós, Pereda, Ortega Munilla y Picón. ¿No entraron ellos en calidad de novelistas?

Justo es que ellos sean los que abran las puertas de la Academia al compañero y amigo, cuya ausencia, desde ha tiempo, deben lamentar. Si en espera de ocasión se impacientaban por la tardanza en ingresar Palacio Valdés, pueden en estos momentos llamarlo a su compañía. Y así será.

Por mi parte, no es mi empeño otro que recordar la deuda pendiente, y salir al encuentro de la preterición o el olvido. Ni quito ni pongo rey. A la fecha ignoro quienes pretenden la investidura académica; pero añadido, con lealtad, que al repasar la lista de nombres que honran la literatura patria, no encuentro uno siquiera que, con osada arrogancia, pueda disputar al maestro de maestros, con mejores títulos, ese honor que por derecho y en justicia, le corresponde.

A plumas de más brío y fama entrego la propuesta de candidato para que, al poner al pie las firmas, pongan también la autoridad que a este artículo le falta. Y queda en paz mi conciencia con este respiro de mis simpatías y de mis devociones artísticas, muy hondas y efusivamente sinceras.

Ángel GUERRA.»

La polémica está magistralmente servida, empieza ahora el turno de «los maestros ya consagrados y los jóvenes escritores que empiezan a batallar con la pluma».

A pesar de que «las galas retóricas... me parecen adornos de cementerio, cosas rancias que huelen a muerto», uno de los primeros en contestar es Pío Baroja. Y eso que no es, precisamente, un admirador de Palacio Valdés. De paso, con su racional indiferencia, deja caer la debatida cuestión de doña Emilia Pardo Bazán.

«Querido amigo: Yo todavía no he llegado a comprender bien la utilidad de la Academia. Por ahora, me parece una de las muchas entidades, Corporaciones, Asociaciones o lo que sea que no sirve para nada.

El lenguaje es una cosa viva que degenerándose y cambiando y descomponiéndose, va marchando y enriqueciéndose, y el querer sujetarlo y reducirlo, me parece una simpleza.

Ahora hay la costumbre de llevar a la Academia a los hombres ilustres por las letras, y entre estos, entre los de ahora, entre los que no han entrado todavía en la docta Corporación, los de más méritos y prestigios me parecen la Pardo Bazán y Palacio Valdés. Doña Emilia no puede entrar por razón de su sexo; entre don Armando Palacio Valdés.—Pío Baroja.»

Nicolás Estévez y Murphy, el viejo político, escritor y brigadier canario, que a veces usaba el pseudónimo de «Estevanillo», responde con socarronería isleña a la pregunta de su paisano:

«¿A mí me consulta usted sobre candidaturas de académicos? ¿A mí?... Vaya, pues evacuaremos la consulta.

¿Que qué pienso de la candidatura de Palacio Valdés?

Que me parece mal y voto en contra, si Palacio Valdés, al entrar en la Academia, cuelga la pluma, como tantos otros.

Pero si no considera la Academia como cuartel de inválidos, y prosigue la tarea que le ha valido su envidiable fama, entonces ¡ah!..., como dicen algunos diputados, voto en pro.

De todos modos, no ha de faltar vacante para él, pues los académicos igual que los senadores vitalicios, van a tener un invierno desastroso.—Estévez.»

Un periodista, el «doctor Fausto», se «extraña» de que aún no sea académico Palacio Valdés.

Otro periodista, Luis López Ballesteros, antiguo director de «El Imparcial» y gobernador de Málaga, se adhiere resaltando que allí «debiera estar hace mucho tiempo, si en aquella casa se entrara siempre por las puertas del mérito y de la justicia».

Un buen novelista, el director de la revista «La Lectura», contesta, también, inmediatamente:

«Si por sufragio popular se eligiesen académicos, es seguro que la vacante de hoy no correspondería a Palacio Valdés, ni a la Pardo Bazán, ni a Blasco Ibáñez, porque ya los tres estarían dentro, al lado de Valera, de Galdós y de Picón.—Francisco Acebal.»

«Zeda», el crítico teatral de «Época», apoya la propuesta de su compañero firmando con su nombre completo, Francisco Fernández Villegas.

Antonio Palomero, también conocido como «Gil Parrado», el viejo poeta y escritor que, con sus bigotes a lo «kaiser» popularizara en «El País» la sección en verso «La Comedia Humana», apoyó la candidatura desde la redacción de «ABC».

El célebre crítico «Andrenio», contestó así a la convocatoria:

«Sr. D. José Betancourt.

Estimado compañero: La iniciativa de usted a favor de la candidatura de Palacio Valdés, para la plaza de la vacante en la Academia Española, me

parece muy bien y la deseo mejor fortuna de la que tuvieron las campañas de “Clarín” en el mismo sentido. El autor de “Maximina” debía ser académico hace mucho tiempo. Esperemos que “quieran” ahora los que pueden hacerlo. Y como no se trata de hacer, con tal motivo, literatura, sino de decir cada uno su parecer y yo ya lo he dicho, se despide de usted su afectísimo seguro servidor, q. b. s. m., E. Gómez de Baquero.»

Con toda justicia apoya la candidatura el sincero y sencillo poeta Vicente Medina que escribe y defiende el «murciano» de su terruño como «un castellano claro, flexible y musical, matizado con algunos provincialismos de carácter árabe, catalán y aragonés».

Otro periodista, José León, opina que la futura elección «no será más que el “visto bueno” puesto debajo de la opinión literaria».

Uno de los autores cuya biografía hubiera sido, sin duda, su mejor novela, algo que él mismo reconocía diciendo: «Soy un hombre que vive, y, además cuando le queda tiempo para ello, escribe», encabezaba así las columnas de «El Globo» el 27 de octubre de 1904.

«Sr. D. Ángel Guerra.

Querido amigo y compañero: Apenas si tengo una vaga noción de lo que pueda ser la Academia Española.

Sólo sé que los señores que en ella figuran (y de los cuales apenas si el público conoce el nombre de una docena), rezan un Padrenuestro al principio de sus reuniones.

Sí el entrar en esta Corporación significa algo de homenaje público y de nueva gloria para el maestro Palacio Valdés, sea en buena hora.

Palacio Valdés fue el ídolo de los mayores entusiasmos de mi juventud, y es hoy una de mis admiraciones más arraigadas. Sólo le conozco por sus libros; pero los que le tratan personalmente, me dicen que vive junto al Retiro, trabajando en su estudio o paseando por las solitarias avenidas del vecino parque, en ese altivo aislamiento del artista que, acostumbrado al continuo contacto con la severa belleza de la vida universal, no siente el hambre de las jerarquías y los honores oficiales.

No me interesa gran cosa que Palacio Valdés sea académico, desde que veo que lo son los jefes de los grupos parlamentarios, y la Academia parece un rabo del Congreso. El Palacio Valdés de mis admiraciones es el de “Marta y María”, el artista vigoroso, el enemigo de esa España decrepita y fanática, que aún se mantiene en pie.—V. Blasco Ibáñez.»

Antonio Garrido y Villazán, redactor-jefe de «La Ilustración Española y Americana», sostiene el «derecho propio» del candidato a sentarse entre los inmortales.

Desde sus venerables barbas blancas, Antonio Sánchez Pérez, periodista y catedrático de matemáticas, apoya al excelente novelador que es el autor de «El Señorito Octavio».

Aunque el perseguido republicano no es, desde luego, partidario de las Reales Academias, «en cuyos estatutos y en cuyos procederes, veo mucho de arcaico, incompatible con mi manera de sentir y de pensar».

Más profético resultó el barbudo político y periodista Salvador Canals y Vilaró, no en vano Secretario de Prensa de don Antonio Maura y fundador de una de las mejores revistas en su género de España: «El Diario del Teatro», al afirmar: «Ya verá usted, sin embargo, como se atraviesa en su camino algún fabricante de discursos que anda rondando la Academia, y a quien apadrinan ¡precisamente! Académicos literatos».

Un historiador de la autoridad de Rafael Altamira alega que «digan lo que quieran algunos Aristarcos, Palacio Valdés es un escritor consagrado por numerosos éxitos y querido y admirado sin interrupción por un público que representa todas las formas de aprobación que un literato puede desear».

El cantor general de Castilla, «poeta y profesor de francés», el sevillano Antonio Machado, acaba de dedicar, el 21 de febrero, en la revista «Alma Española», el poema «Luz» al gran maestro del español, el profesor vasco Miguel de Unamuno.

«¿Será tu corazón un arpa al viento,  
que tañe el viento?... sopla el odio y suena  
tu corazón; sopla el amor y vibra...  
¡lástima da tu corazón, poeta!  
¿Serás a caso un histrión, un mimo  
de mojigangas huecas?  
¿No borrarán el tizne de tu cara  
lágrimas verdaderas?  
¿No estallará tu corazón de risa,  
pobre juglar de lágrimas ajenas?  
Mas no es verdad... yo he visto  
una figura extraña,  
que vestida de luto, ¡y cuán grotesca!  
vino un día a mi casa.  
De tizne y albayalde hay en mi rostro  
cuanto conviene a una doliente farsa;  
yo te dare la gloria del poeta,  
me dijo, a cambio de una sola lágrima.  
Y otro día volvió a pedirme risa  
que poner en sus huecas carcajadas...  
Hay almas que hacen un bufón sombrío  
de su histrión de alegres mojigangas.  
Pero en tu alma de verdad, poeta,  
sean puro cristal risas y lágrimas;  
sea tu corazón arca de amores,  
vaso florido, sombra perfumada.»



El futuro Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca, que no puede ocultar su aborrecimiento por la politiquería y el parlamentarismo, muestra su eterno espíritu de contradicción y su incommovible independencia en este auténtico ensayo sobre la Academia que constituye su contestación:

«Amigo Betancourt: Contesto a su carta apenas la recibo. Es que toca usted un punto sobre el que he pensado escribir más de una vez, desde que, con motivo de aquello de haber elegido a Commelerán, y no a D. Benito, armó la Prensa una zapatiesta, embrollándolo todo y confundiendo las cosas.

Me pregunta usted si creo que deben elegir a Palacio Valdés para académico de la Lengua. Y dejando de lado el que no doy importancia alguna a lo de ser académico, y fuera de las dietas, maldito lo que la cosa vale, he de decirle que eso depende de cómo queramos considerar a la Academia Española de la Lengua. Distingo, pues.

Si la Academia ha de ser un panteón de escritores ilustres, una especie de Legión de Honor de publicistas, novelistas, dramaturgos, poetas, etc., residentes en Madrid, entonces santo y muy bueno; nadie con más derechos que Palacio Valdés.

Pero en este caso no se le pidan a la Academia informes técnicos, ni que haga gramáticas y diccionarios; y si los hace, no se ensañe nadie con ella por las enormidades que pueda cometer, como las del último Diccionario, cuya parte etimológica es un baldón de ignominia y un anatema de la más supina ignorancia.

Pero si se quiere que la Academia haga trabajos científicos sobre la lengua y hasta legisle sobre ella —lo cual es una barbaridad— entonces no sé qué hacen en la Academia los más de los ilustres escritores que la componen, que pueden escribir admirablemente bien y no saben una palabra de cosas de lingüística.

Tanto valdría llevar a la Academia de Medicina a un acróbata que dé saltos prodigiosos para que les ilustre sobre la fisiología de los músculos, o a uno que digiere filetes de patrona, para que informe sobre las funciones de la digestión.

Cualquier latinista moderno de alguna ciencia, sabe muchísimo más sobre la estructura y vida de la lengua latina, que sabía Cicerón.

Si la Academia ha de ser un Centro que regule y rija el proceso de la lengua —y ello es absurdo— los más de los castizos hablistas (los supongo tales) que la forman, pueden ser hasta nocivos. No hay espíritus más estrechos ni más llenos de prejuicios respecto al idioma, que los que pasan por grandes cultivadores de él.

Entre enhorabuena Palacio Valdés en la Academia —aunque esto no añada un ápice a su gloria—, pero si luego resulta que no sabe de achaques de lingüística, y vuelve a salir en «Epítome de gramática», v. gr., como el que tengo aquí al lado, y que es la más ridícula mamarrachada, no se culpe a la Academia.

También le diré, en honor a la verdad, que los más que han entrado en ella en concepto de lingüistas o filósofos, no son menos dañinos que los otros, porque creen saber y no saben. Allí está el de la “harmonía”, que carece de todo sentido científico en cosas de lengua, y se contrae a labor de trapero, recogiendo modismos de librotres viejos, y escribiendo el castellano como los humanistas del Renacimiento el latín, como lengua muerta y en labor de taracea, y por allí cerca anda el desdichadísimo autor de la disparatadísimas etimologías del último Diccionario. No hay palabras con que expresar lo vergonzosa que es esta parte de ese esperpento vergonzoso.

Si la Academia fuera lo que debería de ser, haría más en ella un Menéndez Pidal —éste sabe lo que trae entre manos— que veinte ilustres escritores, por primorosamente que escriban éstos. Pero... no; si la Academia fuera lo que debería ser, no sería nada, es decir, no existiría.

Si, pues, usted, al proponer a Palacio Valdés para académico de la Lengua, quiere rendir a este nuestro admirado novelista un tributo de admiración, está bien, uno mi voto al de usted. Pero no lo uno en lo substancial de la proposición, en pedir que entre en la Academia, porque ni esto añade un ápice a su prestigio, ni creo que a D. Armando le importe las dietas.

Es menester que no demos importancia alguna a las cosas de la Academia, y que nadie se ocupe, fuera de los mismos académicos, de quién ha de ocupar las vacantes que ocurran. La Lengua seguirá la marcha que haya de seguir, lo mismo sin Academia que con ella; y el estudio científico de la lengua se continuará también sin ella, tan bien o mejor que con ella: Eso es cosa que no debe importarnos.

Pero, por desgracia, aún se la entiende —sobre todo, cuando manda desatinos— y buena prueba da la Prensa, que ha adoptado servilmente la disparatada ortografía impuesta por esa Corporación. Y no logra uno escaparse de los regentes y correctores de pruebas, pues a mí mismo me largan cada “septiembre” y cada “subscritor”, que tiembla el credo. Y, francamente, por oscuro que pueda algunas veces escribir, nunca escribo con “obscuridad” académica. Eso queda para “escriptores” académicos.

Es cuanto se le ocurre al respecto a su amigo, Miguel de Unamuno.»

Otro testimonio de admiración al talento de un gran literato es el del periodista Carlos Solsona.

En el exaltado, demoledor e iconoclasta temperamento juvenil del futuro fundador de «Acción Española» asoma ya la transformación regeneracionista, en su apoyo decidido a Palacio Valdés:

«Para Ángel Guerra:

Su artículo y su carta me llenan de sorpresa. Pero ¡cómo! ¿No es académico Palacio Valdés? No me lo explico, no lo entiendo. Sólo en fuerza de pensar, llego a la hipótesis de que el gran novelista no pertenece a la Academia por no haberlo pretendido. Pero esta suposición me pone melancólico. Es bien triste que para ir a la Academia de la Lengua, necesite lla-

mar a sus puertas un Palacio Valdés, cual si fuera un político intruso, cuando lo digno y lo correcto sería que la Academia le llamase.—Ramiro de Maeztu.»

El escritor y militar valenciano José Ibáñez Marín, que pocos años después moriría en África, en el ataque del Atalayón, se manifiesta en una forma muy adecuadamente castrense: «Creo yo que Palacio Valdés es todo un general de nuestra literatura contemporánea, acreedor, ¿quién puede dudarle?, a ocupar un puesto en la Academia, especie de gran Estado Mayor de los que dicen bien manejado el habla nuestra con bizarrías artísticas.»

El dramaturgo y futuro académico (a partir de 1921) Manuel Linares Rivas une su voto «a la indiscutible candidatura del autor de “La Hermana San Sulpicio”».

El 29 de octubre de 1904 la «campana» es un auténtico éxito periodístico. La primera página de «El Globo» está dominada por los testimonios de las más importantes plumas del Momento. Ángel Guerra encabeza la portada con una «carta abierta»:

«Carta sin sobre.

Sres. D. Juan Valera, D. José María de Pereda y D. Benito Pérez Galdós.

Maestros y amigos: Llevan estas letras encargo de testimoniar a ustedes, en primer término, mis devociones de lector. Quiero a la vez que ellas avisen a ustedes del vivo ímpetu de simpatía con que la gente de pluma pide honores académicos para D. Armando Palacio Valdés, maestro, como ustedes, de la novela española contemporánea, y como hermano de letras de vuestra estima y cariño. La glorificación popular, que conocéis por haberla merecido largamente, también él con vosotros la comparte a escote. Justa es la merced de ese lector anónimo, cuyos favores muchos buscan y pocos alcanzan, y es pago al arte recio en creación y bello en el gentil hablar. Falta al compañero y amigo, con abolengo que acreditan sus méritos literarios como “Marta y María”, la consagración oficial de aposentarle hidalgamente en la Academia Española, que para este linaje de varones con peregrino ingenio, y no para los caballeros cruzados en la política, la regia admiración mandara estatuir.

Fía y confía la gente de letras en que ustedes harán la presentación del candidato, más atentos a la voz de la sangre artística que blandos en complacer solicitudes de extraños.

Y explicada la visita de esta carta, reverentemente se despide de ustedes, besándoles las manos, Ángel Guerra.»

Y las cartas de contestación se acumulan en las columnas de «El Globo».

Unos de los mejores especialistas en los matices del idioma, justa y dignamente recordado por el periódico «ABC», el periodista Mariano de Cavia, se une también a la convocatoria.

Imperturbable bajo su monóculo, el novelista Antonio de Hoyos y Vinent (marqués de Vinent) describe a la perfección con su brillante y sencilla prosa la obra de Palacio Valdés:

«Era yo casi un niño cuando por vez primera saboreé con deleite los libros del maestro, y en mucho contribuyeron a mi amor por las bellas letras. Más tarde, cuando volví a leerlos, sentí acrecentarse mi admiración por el novelista insigne, por el cuentista ameno que, en su prosa fácil, sincera, gráfica, limpia de falsos preciosismos y de vulgares chabacanerías, prosa que tiene el frescor gentil de una conversación familiar, nos contó bellas historias que unen a la amenidad y al interés una cualidad inestimable: la de ser humanas.»

El novelista gallego Prudencio Rovira Pita que hace unos meses había abandonado el periodismo activo para dedicarse plenamente al partido conservador en la Secretaría Política de don Antonio Maura, explica, de modo práctico, los entresijos de la Academia:

«Soy en literatura, “ministerial” ferviente de Palacio Valdés. Cualquier honor que alcance este escritor excelso, tendrá mi aquiescencia, y con ella mi aplauso y mi voto... Es lástima, sin embargo, que no haya mejor consagración del talento que la gloria académica. Una recepción aparatosa, una medalla al pecho, un sillón con una letra en el respaldo y unas prosaiscas dietas, deben ser, para los que han llegado a las cimas luminosas de la fama, rutinarias parvedades. Pero, en fin, no será Palacio Valdés el primero con quien se cometa la honrosa injusticia de hacerle académico.—Prudencio Rovira.»

Claro que otros, como el catalán Ricardo J. Catarineu, que publica sus críticas teatrales en la «Correspondencia de España», bajo el pseudónimo de «Caramanchel», tratan a la Academia más «enérgicamente»:

«Palacio Valdés anda divorciado de la Prensa. Los periodistas, que alabamos frecuentemente a algunos majaderos, no recordamos al gran novelista todo lo debido. ¿Qué opino yo de él? Que, si fuera necesario matar a algún académico para que él ingresara en la Academia, no podía menos de absolver el jurado al matador.

Esto sería justo y plausible.—Caramanchel.»

Menos «lapidario», el sencillo y bondadoso poeta malagueño Arturo Reyes Aguilar se «suma gustosísimo» al homenaje de quienes son «gloria y orgullo de la nación en que han nacido».

Una de las escasas voces discrepantes es la del abogado y periodista Baldomero Argente. Pero su digresión es porque él mismo defiende la candidatura de uno de los «suyos», Julio Burell, en las páginas del «Diario Universal», donde colabora desde 1903.

El burgalés Ángel María Castell, subdirector de «ABC» desde su fundación, se une a la convocatoria con un lamento literario:

«Zola murió sin ser académico en Francia. Pí y Margall murió sin serlo en España. ¿Qué puede perjudicar a Armando Palacio Valdés, ni en qué mermar su legítima reputación literaria, al ser víctima de una injusticia como la cometida con aquellos dos grandes pensadores?—Ángel María Castell.»

El periodista y político donostiarra, colaborador de «El Pueblo» con Blasco Ibáñez y diputado por Valencia, acomete con su vehemencia acostumbrada:

«Honra mucho a usted proponer cuanto venga en honra y gloria de un artista nacional; lo natural sería que pusiera usted su esfuerzo en rebajar y empobrecer a los pocos héroes que aún trabajan en la redacción de este casuco grietado por la envidia, que se llama España.

Ahora bien, el hosco “león de Abril” de la novela española, el Palacio Valdés torvo y nebuloso, ¿aceptará el uniforme académico? Yo creo que no y me alegraría de ello.

¡Perdería su pátina de intensa melancolía, su costra de fiereza, de admirable desprecio por el mundo!

Para mí fue grande Daudet por no haber querido nunca ser académico. Zola tuvo un lunar en su vida: el de querer serlo.

Palacio Valdés, trasplantado al Refectorio Académico, me recordaría al león de Tartario, desdentado y ciego, que pide limosna a la puerta de una mezquita argelina.

Organice usted otro agasajo que sea digno del gran artista, pero... académico ¡nunca! ¡Antes moro!—Rodrigo Soriano.»

El escritor y fino humorista Luis Taboada, que es de los primeros en unirse a la iniciativa, le dedica uno de sus preciosos relatos en las páginas de «ABC» (el 3 de noviembre de 1904):

*«La vida en broma. Pellejín, poeta y cuasi académico*

Puede decirse que Pellejín cuenta ya con el cariño entrañable de Maura. Nuestro joven diputado es uno de los que más se distinguen como jaleador del Presidente del Consejo. En cuanto este se levanta para pronunciar una de sus grandilocuentes oraciones, Pellejín se dispone a intercalar “bravos” en el teatro, exclamando a toda voz para que le oiga el jefe: “¡Qué hombre! ¡Qué inteligencia! ¡Qué figura!”

[...]

Noches pasadas fue, como de costumbre, a visitar a su jefe, y el efecto que causó entre todos los allí reunidos, no ha podido ser más grato.

[...]

Y “ahola” que ha salido la “convulsación”, ¿puedo “contal” con el voto de usted, “señol Plesidente”?

¿Mi voto? ¿Para qué?

“Pala” la Academia Española. “Quisiela plesental” mi “candidatula enflente” de la de Canalejas.

El Presidente guarda silencio; después, pretextando que se tenía que acostar, porque le dolía una muela, saludó a sus súbditos y fuese, mientras decía Pellejín con acento de profunda convicción:

No “cleo” que sea un desatino lo que “pletendo”. ¡Cuantos hay en la Academia que no tienen mis títulos!

[...]

La candidatura de Pellejín para la Española cuenta, hoy por hoy, con gran número de probabilidades.

Luis Taboada.»

El periodista albaceteño José Estrañí, director de «La voz del Cantábrico», formaliza su voto en «pro» con una de sus habituales humoradas.

Al célebre médico, comediógrafo y poeta festivo asturiano Vital Aza, la idea de reconocer los méritos de su amigo y paisano Palacio Valdés le parece, naturalmente, oportunísima.

«Escribiendo es el primero  
y es su fama colosal  
pues no hay un sainetero  
con más gracia que vital.»

El «Sastre del Campillo» está conforme con la candidatura, aunque se lamenta de que no hubiera, también, otro sillón vacante para el gran sainetero Ricardo de la Vega.

Miss-Teriosa siente que la medalla académica sirva a los jefes de partido para consolar a los candidatos derrotados en las elecciones y se aterra ante la hipotética candidatura de Romero Robledo. «Político que, no se sabe, se precia de no haber entrado jamás en el Museo de Pinturas y de no haber leído siquiera un tomo de la Biblioteca de Autores Españoles.»

El periodista Miguel Moya se pregunta a su vez si Armando Palacio quiere ser académico.

Los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, que llegaron a pertenecer un día a la Academia, se manifiestan dos apasionados y fervorosos admiradores del autor de «La alegría del capitán Ribot» y aplauden, naturalmente, la iniciativa.

El redactor político de «La Esfera», «El Imparcial», «La Correspondencia de España», etc., el toledano Fernando Soldevilla Ruiz que, andando el tiempo sería gobernador de Segovia, opina que «no sólo debe ocuparle (el sillón) en cuanto haya vacante, sino que debiera echarse de la docta casa a algunos que no tienen títulos para pertenecer a ella».

En su adhesión, Alfredo Murga explica que «gracias a estos incansables creadores, nos queda alguna identidad y, por consiguiente, algún oro puro todavía».

Carmen de Burgos, que popularizó el pseudónimo literario «Colombine», fue la única escritora que secundó el llamamiento:

«Mi estimado compañero: Yo creo que no debe Armando Palacio Valdés aspirar a ocupar un puesto en la Academia Española; es la Academia Española la que debe aspirar a tener en su seno a Palacio Valdés.

De usted amiga y compañera, q. s. m. b., Carmen de Burgos Seguí.»

El crítico Pedro González Blanco, que antes de que Azorín acuñara el término de «generación del 98» en «ABC» englobaba a los mismos autores en la «generación del desastre», no puede ser más claro y contundente en su reacción contra la Academia en representación de los jóvenes:

«Sr. D. Ángel Guerra:

Estimadísimo compañero: En realidad yo no estoy muy al tanto de lo que usted pretende. Creo haberle oído decir que se trata de arrastrar a D. Armando Palacio Valdés —en nombrando a este novelista mi espíritu se pone de rodillas— en el carromato de la sanción extraoficial hacia esa casuca que hay yendo para Vallecas a la siniestra mano donde se alberga, toda llagada y hecha una lástima, la lengua española.

Esto me parece una cosa absolutamente injustificada. ¿Para qué necesita D. Armando de la Academia? ¿Qué va a hacer él al lado de Catalina y de Villaverde (no hay desolación comparable a eso), sino dormitar beatamente en la calma de las tardes nubosas, bajo la monotonía de los informes y de los actos y de los discursos?

Otra cosa sería si el alojamiento de nuestro Santo Padre el lenguaje fuera, no un panteón, donde todos los ideales desfondados se recogen, sino una Academia, en el verdadero, en el helénico sentido de la palabra.

Es más, creo que nosotros, los jóvenes, debemos abstenernos de exaltar esa vana jerarquía, tan sólo otorgada a unos cuantos señores innominados, con quienes la fisiología está haciendo, a diario, prodigios de equilibrio.

Ni la Academia significa nada, ni el estar atraillado con ciertos deleznableísimos personajes, vale gran cosa que digamos.

Hay ciertas reservas y ciertos silenciosos retiros, donde los espíritus que admiran —y considere usted que la admiración es un gran poder intelectual— saben levantar a los espíritus admirados, no edificios de ladrillo y cascote, sino mágicos alcázares, que tienen por techumbre el cristal de los cielos y por columnas los pensamientos que se levantaron hacia Dios, como el humo de una lámpara votiva.

Ahora bien, como D. Armando seguirá siendo, con o sin Academia, tan buen novelista como hasta ahora, que vaya y que se guarde de ciertos peligrosos contactos, y que en el discurso de recepción demuestre, que prue-

bas no le faltarán, la necesidad imperiosa de asesinar, artística y alevosamente, a la mayoría de los actuales prebendados (prebendado académico), por motivos de ornato y de saneamiento.

Es lo único que se me ocurre por ahora. Eso y desearle mucha salud y pocos dramas de Echegaray en la temporada que nos amenaza.—Pedro González Blanco.»

Al excelente historiador del siglo XIX, Alfonso Danvila, le parece acertadísima la candidatura: «Pues bueno es que vayan alternando en aquella casa los literatos con los oradores y los políticos para que no se convierta la Academia en tertulia de hombres de Estado».

El popular novelista Pedro Mata responde categóricamente que ningún escritor debiera discutir la propuesta.

Marcos Rafael Blanco Belmonte, poeta y escritor cordobés, magnífico «cuentista» y redactor de «La Ilustración Española y Americana» se muestra «conforme de toda conformidad».

Igualmente suma su voto el compañero Alejandro Larrubiera.

Un tanto desconcertante, pero llena de interés, es la contestación del poeta colorista malagueño Salvador Rueda. Semianalfabeto hasta los 18 años su obra es un «caso notable de intuición poética», de hallazgos rítmicos y de una estética basada en «adivinations fulgurantes». Para ello no es de extrañar su curiosa crítica a Valdés y al propio Galdós de servirse de la lengua castellana como de un instrumento exterior, de no estar «amasados con el idioma». He aquí su carta:

«Mi admirado Ángel Guerra:

Mi contestación a su amable consulta literaria es la siguiente: Merece por su talento extraordinario Palacio Valdés que le elijan académico; pero parece natural y lógico que, quienes como él, hace gala de despreciar la forma literaria, no quiera ocupar el sillón vacante en la Academia. A Palacio Valdés, no le sale el idioma de todo su ser como una esflorescencia de su espíritu, y no está en él como la coloración en un mineral, o como la frescura en el agua, o como el color en la luz: a Palacio Valdés no le nace el idioma de su complexión y entrañas artísticas, como le nacía a Zorrilla, a Castelar y como le nace a Menéndez Pelayo, a Valera y a otros: Valdés, “se sirve de la lengua castellana como de un instrumento exterior”, lo contrario de cómo ocurre en Bécquer y en Loti que es una floración, y en Daudet, Goncourt, Maupasant, Heredia, que es asimismo una virtud y condición “ineludible” de su alma de artistas. Tales Victor Hugo, Shakespeares, Lamartine, Musset (incorrecto y todo) y todos los que en el mundo han sido “artistas literarios”.

Galdós, así como Valdés, y otros hombres de gran talento, no tienen, en cambio, su intelecto, ni su espíritu, ni sus átomos corporales “amasados con el idioma”; su alma “va fuera a buscarlo” para vaciar en él su potencialidad anímica. Melindroso y descontentadizo es Valera, cuya pluma pare-



ce un bruñidor, pero en él, como en Anatole France, eso no es reflexión, no es acto consciente, sino instinto, modo estético de ser. Creo que Zorrilla, “por instinto, por ceguera divina”, dio nuevos modos melódicos al idioma, enriqueciéndolo hasta elevarlo a orquesta: era un hombre que, sin saber averiguar una etimología filológica, llevó dentro de sí, una Academia literaria. Estos hombres, que son literatos, como son morenos de color, o rubios, próceres de estatura, o bajos, tristes o alegres, son los que yo creo que deben ser elegidos académicos (cuando sólo se trata de escritores, y no de investigadores y filólogos, hombres admirables también en las Academias).

A los Balzac, a los Tolstoy, a los Galdós, a los Valdés, creo yo que debe dejarles impávidos que los hagan sentar en sillones inmortales. No así a los Bauville, a los Flaubert, a los Gautier, a los Méndez y a todos aquellos cuyo cuerpo y cuya alma están batidos y amasados mil veces con su idioma nativo, el cual es en ellos (también Pereda y Alarcón) lo que es el óxido y la coloración en el mineral; un don y no un vehículo exterior.

Sabe usted cuanto le admira y quiere, Salvador Rueda.»

Muchas fueron las cartas que se quedaron sin publicar no sólo de Madrid, sino de periodistas de provincias honra de la prensa española.

Buena muestra es el testimonio de J. A. Galvarriato, director del importantísimo «Diario de Valladolid», publicada en «El Globo», el 9 de noviembre de 1904, con su curiosa proposición de las dos Academias:

«Yo creo que debiera haber dos Academias: una en que se velara por la pureza del idioma, con sujeción a las prescripciones de la Etimología; otra en la que se encauzara el desenvolvimiento y la transformación de la lengua, que al decir del gran Bardón, “se gasta como la suela de los zapatos”.

A una Academia llevaría yo a los devotos del clasicismo, de la tradición, a los sabios en viejos idiomas. A la otra llevaría a los oradores, a los novelistas, a los poetas...

No habría oposición entre ambas Academias: la nueva admitiría las palabras, las frases, los giros que autorizaran con su uso escritores de indiscutible valor, y luego pasaría al sancta sanctorum de la lengua.

Esto evitaría, entre muchas, estas dos faltas de lógica que algunos novelistas, cuando escriben, no respetan los cánones que, como académicos, dictan para todos; y que la Academia nos imponga, por puras razones etimológicas, palabras como “subscripción”, con la que nadie quiere estropear la garganta, y la cual nadie usa al escribir.»

Por su parte, desde el «Diario de la Marina», José Félix Huerta cita unas palabras de Nicolás Fernández de Moratín:

«El sólido merito debe hallar abierto el paso a las sillas académicas; no ha de facilitarlo el favor ni la súplica. La Academia, si ha de valer algo, necesita de los sabios, y estos para nada necesitan la Academia.»



Juan Valera.

«Escritor fino y correcto,  
buen novelista y buen crítico  
no tiene más que un defecto  
el de ser hombre político»

Lo que viene a demostrar que no hay tanta diferencia entre la situación académica de finales del siglo XVIII y la de comienzos del siglo XX, por lo que concluye el periodista contemporáneo:

«Para ello se necesitan hombres de voluntad firme, de talento probado y que sean verdaderamente literatos, como Palacio Valdés. Quédense los políticos y aristócratas —que no poseen méritos bastantes en la literatura— en las gradas del Trono o en los escaños de las Cámaras y vayan los varones excelsos a ocupar el sillón para que les designan la opinión de los aficionados a las Letras.»

A su vez, los grandes maestros convocados no eludieron la cita con las columnas de «El Globo».

El cordobés don Juan Valera, ya en sus últimos meses de vida, universal y cariñosamente respetado por los jóvenes que le rodean, explica que como académico no puede acudir al público sino hacerse valer en el seno de la Academia.

Sin embargo, el autor de «Pepita Jiménez» y de «Juanita la Larga», deja expuesta clara y terminantemente su posición al decir:

«Entiendo yo además, que al elegir académico a esta o aquella persona, el voto que se le da no implica la presuntuosa afirmación de que sea el más digno quien la obtiene. Aunque la Academia esté subvencionada por el Gobierno, y en cierto modo dependa del Estado, conserva no poca independencia; elige sin condiciones ni restricciones a quien más conveniente le parece elegir; y dista mucho de entender que sea el que elige el mejor entre todos los elegibles y que al elegirle le otorga algo a modo de un diploma oficial, de mayor excelencia y mérito entre los millones de personas que en el día de hoy cultivan las letras en España.»

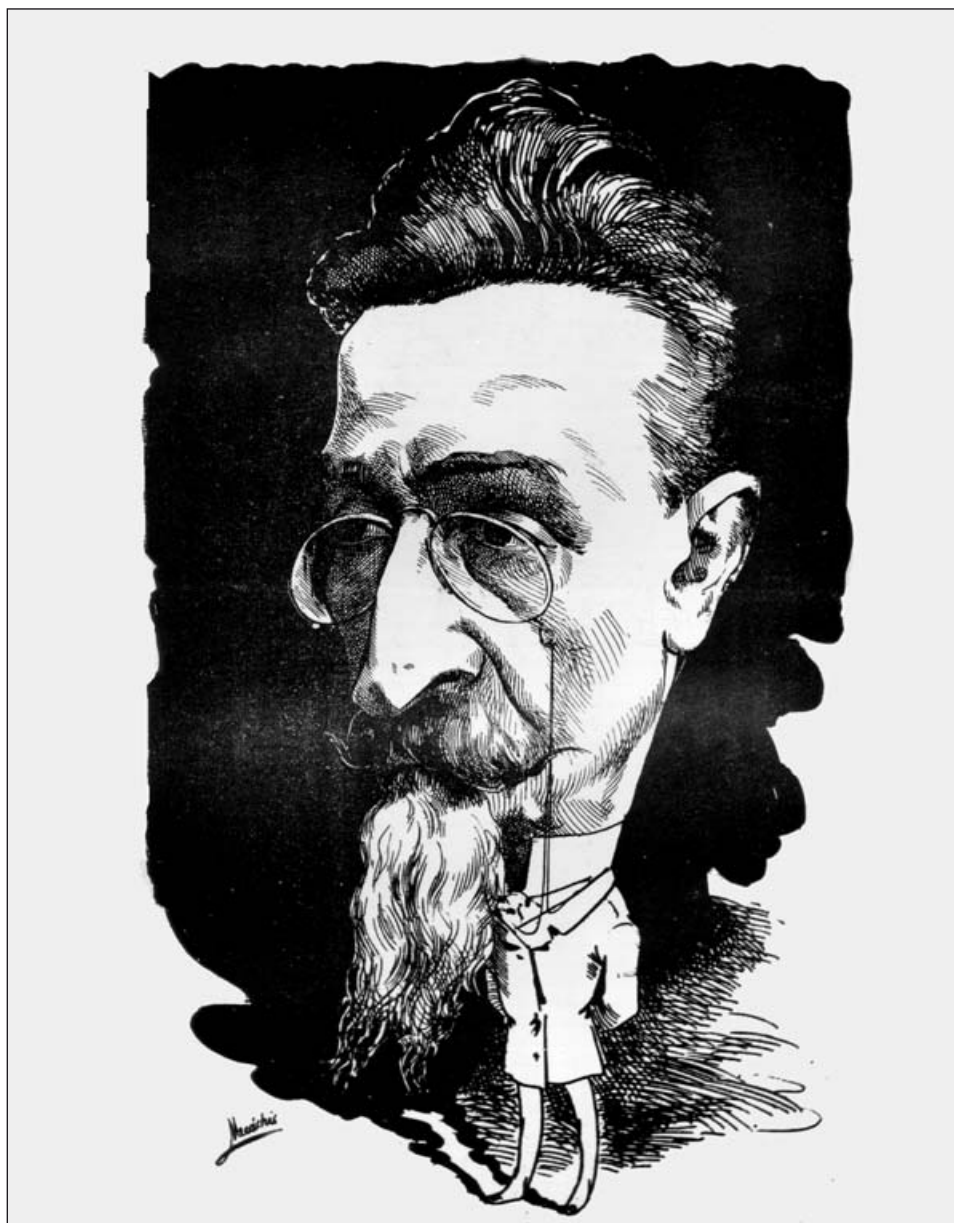
Por su parte, el genial autor de «Peñas Arriba», el santanderino José María de Pereda, acudió también a la convocatoria de sus amigos:

«Sr. D. José Betancourt.

Mi distinguido amigo: Aunque se trate, como se trata, en su carta del 30 del próximo pasado, de ejecutar un acto no sólo de justicia, sino de debida reparación, con el nombramiento de mi amigo muy querido y admirado, D. Armando Palacio Valdés, para ocupar un sillón, vacante en la Real Academia Española, por mi desgracia nada puedo hacer personalmente en el asunto, porque me lo impide el cruel padecimiento que me esclaviza desde el mes de Mayo último y me tiene forzosamente retraído en el más apartado rincón de mi casa.

Mande usted otra cosa más hacendera a su muy afectísimo amigo y servidor, q. b. s. m., J. M. de Pereda.»

Por supuesto, don Benito no podía faltar al gentil compromiso en que le colocaba su discípulo, paisano, amigo y protegido Ángel Guerra:



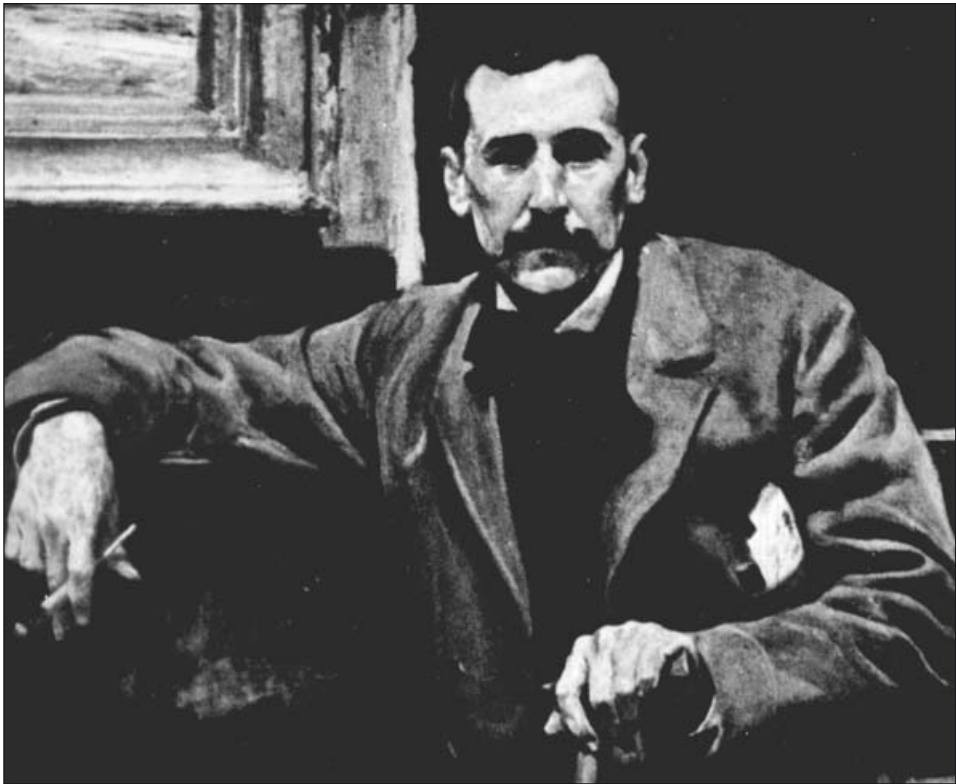
José María de Pereda.

«Montañés sencillo y franco  
que no cesa de correr  
de Santander a Polanco,  
de Polanco a Santander.

Con lápiz inteligente  
dibuja del natural  
y ha adquirido justamente  
un renombre universal»

«Mi querido Betancourt: Mi opinión sobre el caso extraño, incomprensible, de que Palacio Valdés no haya ingresado ya en la Academia Española, la sabe usted, y cuantos me conocen; tiempo hace que he manifestado, de diferentes modos, mi deseo de tener en aquella casa al amigo querido y admirado compañero. Puedo asegurar que muchos académicos piensan lo mismo. Falta la acción común, concertada y eficaz, la cual creo firmemente que será un hecho antes de poco tiempo.

Suyo afectísimo, B. Pérez Galdós.»



Don Benito Pérez Galdós.

«Benito Pérez Galdós  
no hay que perderle de vista  
porque hoy es un novelista  
que vale lo menos dos»

Claro que esta y otras interesadas maniobras de la Academia bien podían haber significado una premonición para el más grande de los novelistas españoles. Porque ¿cómo se iba a imaginar don Benito que su propia cor-

poración y una gran parte de la España reaccionaria que bullía en sus Episodios, se opondrían a la concesión del Premio Nóbel para el que, andando el tiempo, sería designado?

Pero en fin, volvamos a 1904 y a las páginas de «El Globo».

La encuesta, la campaña, la convocatoria han llegado al final. El éxito ha sido clamoroso en lo tocante a la concurrencia y a la unanimidad en el sentir de escritores y periodistas.

Sin embargo, el voto de la Academia se mueve por otros derroteros. García Alix, aludido por José Betancourt en su carta «de cierre», fue periodista en su juventud, pero en su madurez llegó a Ministro de Instrucción Pública, de Gobernación y de Hacienda y... a qué seguir. Mejor queden aquí las líneas del joven periodista de «El Globo» demostrando que ya ha aprendido a moverse entre la ilusión y los desalientos:

«Sr. D. Armando Palacio Valdés.

Mi querido maestro y amigo: Doy remate, con esta carta, al empeño en que entré con tanto entusiasmo y salgo con alegrías y desalientos que he ido recogiendo al correr de los días.

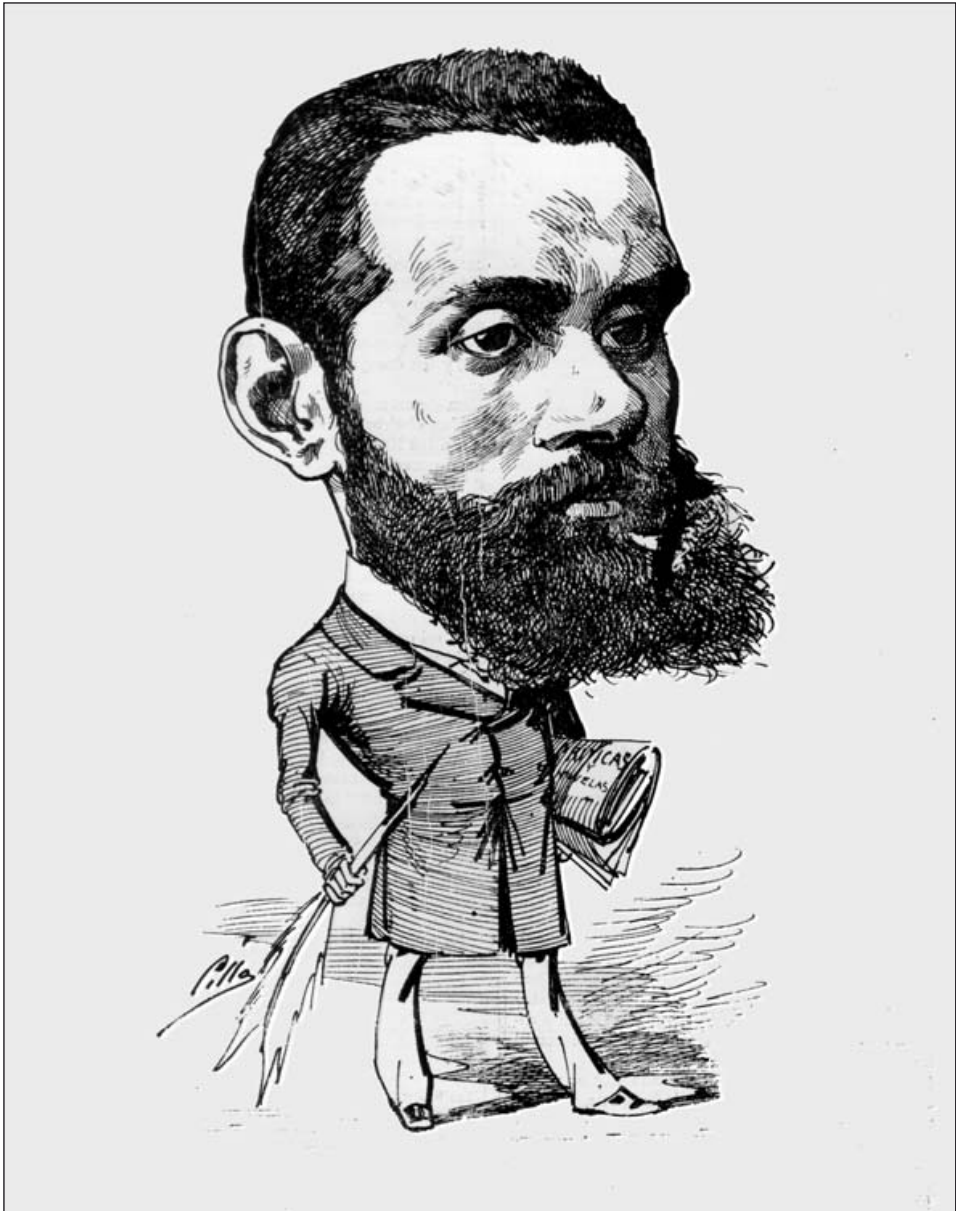
Si no hubiese sido el respeto y la admiración que inspiran su nombre literario, menguadas fueran, a la hora presente, mis esperanzas, y fallidos quedarán mis propósitos generosos. Gracias que los méritos de usted escudaron mi modestia y que, en ayuda de mi opinión, vinieron las muchas y valiosísimas de la gente de letras, que aún no han vendido la primogenitura artística por el mísero plato de lentejas. De esta casta soy, y no es mi oficio, a Dios las gracias, calzar espuelas a caballeros en son de adulaciones que buscan provechos, y tan estrecha me viene la casaca lacayuna, para muchos tan holgada, que si intentara ponérmela, se rompería por las costuras.

Habrán usted extrañado el silencio hecho en torno a su candidatura. Por ahí ha ido sonando un ¡chist! Imponiendo calma, que hasta el ruido de las plumas túvose por desconsiderado y molesto. A fe mía, que tomo nota de este signo elocuente de los tiempos, y no seré yo el último en comentarlo a mi sabor y antojo en otro lugar y en más oportuna ocasión, que los cielos, siempre justos, han de deparar a mis ansias.

Nada se ha perdido. Por descontado, que si no entra usted ahora en la Academia Española, la tardanza no será larga, y para fecha próxima ha de festejarse este nombreamiento, si es que García Alix no tercia con su candidatura en un nuevo litigio.

Tengo para mí que habrá sido más de su agrado el testimonio de afecto y admiración hacia usted hecho por los mejores escritores españoles, que los honores oficiales, la glorificación académica, que insistentemente hemos venido pidiendo. El voto de la literatura nacional ha sido a favor de usted, y es notorio que el público ha tomado nota de ello.

Honra más la merced afectuosamente dada que la limosna con ahínco pedida. Y usted no ha solicitado la consagración académica. Yo he metido



Don Armando Palacio Valdés.

«Critica con arte y escribe novelas  
que el público acoge con gran interés.  
(Temo que de feo le duelen las muelas  
al buen D. Armando Palacio Valdés)»

su nombre en estos trotes, y a la responsabilidad de mi culpa me atengo. Algo provechoso, sin embargo, ha resultado de esta campaña. Conjeturando bien, por ideas que he oído, casi puedo adelantar que en el primer sillón vacante irá a aposentarse en la Academia Española, llamado usted a su seno por sus compañeros y amigos, y al honrar a usted, ellos también serán honrados.

Y pongo punto. Si culpa usted en mí la indiscreción, deje a salvo mis devociones artísticas por el admirado maestro que engrandeciera la novela española contemporánea. Aquí su nombre.

Y es su siempre amigo, Ángel Guerra.»

Rebosante de cordialidad y honradez, el hombre que escribiera que «el artista no debe abdicar jamás de su independencia y no se le debe exigir más que sinceridad», muestra su emoción por este homenaje único, por lo inesperado y por lo espontáneo.

«Sr. D. José Betancourt.

Mi querido amigo. Razón tiene usted en suponer que me habrá lisonjeado el favorable testimonio que han querido darme los mejores escritores de nuestra patria, gracias a su generosa iniciativa. Me lisonjea y me confunde. Los artistas son los que en definitiva otorgan la gloria a los artistas. Mucho se habla de las pasiones que reinan en el mundo de la literatura. En mi ya larga experiencia no he podido comprobar que sean más tristes y censurables que las que surgen donde quiera que los hombres se reúnen con cualquier propósito. Por el contrario, he llegado a persuadirme de que son los literatos los que en nuestra sociedad conservan más vivo el sentimiento de la justicia. Ha bastado que ilusoriamente me hayan creído víctima de una injusticia, para que muchos grandes escritores, olvidando en casa sus coronas, se hayan lanzado a la calle en mi defensa.

O será tal vez que aprovechando el pretexto de una vacante en la Academia, se complazcan en resarcirme de un silencio que ha sido mi mejor compañero y el más eficaz colaborador de mis humildes trabajos.

De todos modos, hay aquí una equivocación, hija de una excesiva generosidad. Guardamos vivo, sí, en nuestros corazones el sentimiento de la justicia; pero guardémoslo para ocasiones más altas. Quizá llegue un día triste en que sea necesario. Entonces, cuando el egoísmo calle, cuando los otros tiemblen que sea un literato como ha sido en Francia, como es en Rusia, quien, despreciando su gloria, su tranquilidad y su vida se arroje con celestial quijotismo, en defensa de la verdad ultrajada.

Reciba usted, amigo mío, y reciban esos insignes maestros y compañeros que han querido honrar a este oscuro escritor, el testimonio de su gratitud eterna.—A. Palacio Valdés.»

Don Armando Palacio Valdés fue elegido, finalmente, académico de la Lengua en 1906 para ocupar la vacante producida por la muerte de José María de Pereda.



## ÍNDICE DE AUTORES PARTICIPANTES EN LA CONVOCATORIA

- ACEBAL, Francisco.  
 ALTAMIRA, Rafael.  
 ÁLVAREZ QUINTERO, Serafín y Joaquín.  
 ARGENTE, Baldomero.  
 AZA, Vital.  
 BAROJA, Pío.  
 BLANCO BELMONTE, M. E.  
 BLASCO IBÁÑEZ, Vicente.  
 BURGOS SEGUÍ, Carmen de.  
 CANALS, Salvador.  
 CARAMANCHEL.  
 CASTELL, Ángel María.  
 CAVIA, Mariano de.  
 DANVILA, Alfonso.  
 DOCTOR FAUSTO, EL.  
 ESTÉVANEZ.  
 ESTRANI, José.  
 FERNÁNDEZ VILLEGAS, F.  
 GALVARRIATO, J. A.  
 GARRIDO, A.  
 GÓMEZ DE BAQUERO, F.  
 GONZÁLEZ BLANCO, Pedro.  
 GUERRA, Ángel.  
 HOYOS Y VINET, Antonio de.  
 HUERTA, José Félix.  
 IBÁÑEZ MARÍN, J.  
 LARRUBIERA, Alejandro.  
 LINARES RIVAS, Manuel.  
 LÓPEZ BALLESTEROS, Luis.  
 MAEZTU, Ramiro de.  
 MATA, Pedro.  
 MEDINA, Vicente.  
 MISS-TERIOSA.  
 MOYA, Miguel.  
 MURGA, Alfredo.  
 NOGALES, José.  
 PALACIO VALDÉS, Armando.  
 PALOMERO, Antonio.  
 PEREDA, José María.  
 PÉREZ GALDÓS, Benito.  
 REYES, Arturo.  
 ROVIRA, Prudencio.  
 RUEDA, Salvador.  
 SÁNCHEZ PÉREZ, Antonio.  
 SASTRE DEL CAMPILLO, EL.  
 SOLDEVILLA, Fernando.  
 SORIANO, Rodrigo.  
 TABOADA, Luis.  
 UNAMUNO, Miguel de.  
 VALERA, Juan.

## BIBLIOGRAFÍA VARIA Y FUENTES PERIODÍSTICAS

- ÁNGEL GUERRA: Palacio Valdés.  
 ANTONIO CABRERA PERERA: Ángel Guerra.  
 Narrador Canario.  
 ANALES GALDOSIANOS: Juan Antonio Marrero Cabrera  
 AGUSTÍN DE LA HOZ: Lanzarote.  
 PEDRO GONZÁLEZ SOSA: El Eco de Canarias.  
 CORREA-LÁZARO: Literatura española contemporánea.  
 HISTORIA DEL PERIODISMO ESPAÑOL: Varios.  
 EL GLOBO: 1904.  
 LA ÉPOCA.  
 ABC.  
 EL DIARIO DE VALLADOLID.  
 EL DIARIO DE LA MARINA.  
 LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.  
 CARICATURA.  
 CELEBRIDADES, etc.  
 ARCHIVO DEL AUTOR.

**RESUMEN:** Un joven periodista canario, José Betancourt Cabrera que, como discípulo predilecto de Galdós, firma sus obras como *Ángel Guerra*, inicia en 1904, desde el periódico madrileño *El Globo*, una «campana de prensa» para presentar la candidatura de Armando Palacio Valdés a la Academia Española. Al llamamiento responde en pleno la intelectualidad de la floreciente «Generación del 98», en un éxito clamoroso de participación. Sin embargo, la elección recaería en un «recomendado» por el Gobierno. Palacio Valdés sería elegido años después, en 1906.

**PALABRAS CLAVE:** Prensa madrileña (1904). José Betancourt Cabrera (*Ángel Guerra*). Armando Palacio Valdés. Real Academia de la Lengua (RAE). Generación del 98. Novecentistas. Promoción de *El Cuento Semanal*.

**ABSTRACT:** A young Canarian journalist, José Betancourt Cabrera, who was Galdós' favourite disciple, signed his articles under the pen name of *Ángel Guerra*. In 1904 he started in *El Globo*, a Madrid newspaper, a «press campaign» aimed to present the candidature of Armando Palacio Valdés as a member of Spanish Royal Academy (RAE). His appeal was positively answered by all intellectuals of the flourishing «Generación of the 98», in what became a resounding participation success. However, the elected member was someone «recommended» by the Government. Palacio Valdés was to be elected years later, in 1906.

**KEY WORDS:** Madrilenian Press (1904). José Betancourt Cabrera (*Ángel Guerra*). Armando Palacio Valdés. Real Academia de la Lengua (RAE) (Royal Language Academy). Generación del 98 (Generation of 98). Novecentistas (xixth Century Authors). Promoción de *El Cuento Semanal* (*Promotion of the weekly Tale*).